

Aristas habaneras



Por **Ciro Bianchi Ross**

Agustín Lara, el famoso compositor autodidacto mexicano autor de más 600 canciones, fue, como otras grandes figuras de su país, fue visita frecuente en La Habana.

Una noche el autor de Granada, Noche de ronda y Palmera ofrecía un recital en un teatro habanero cuando una muchacha, desde el público, exclamó en voz alta para que el artista la oyera:

—Lara no canta, ladra.

Era ciertamente un compositor de primera línea, pero el peor intérprete de sus canciones.

A Lara, en apariencia, no le ofendió el comentario; ni siquiera se inmutó. Colocó el cigarrillo, que en él parecía eterno, en el borde del cenicero. Volvió sobre su piano, dejó escuchar algunas notas y dijo:

—Bien, señorita, vamos a seguir ladrando.

Conocido como el Flaco de Oro, Lara se llamaba realmente Ángel Agustín María

Carlos Fausto Mariano Alfonso del Sagrado Corazón de Jesús Lara y Aguirre del Pino.

Nació en Veracruz, el 3 de octubre de 1897 y murió en la Ciudad de México el 6 de noviembre de 1970. Fueron sonados sus amores con María Félix, que le inspiró una de sus composiciones más conocidas, María bonita.

En la Avenida del Puerto habanero el escultor José Villa Soberón immortalizó al artista con una obra en la que el compositor, con un cigarrillo entre los dedos, mira nostálgico el mar como si buscara a su Veracruz natal más allá de la línea del horizonte. Muy cerca de él se erigió el busto de su compatriota y amigo Pedro Vargas.

Un caso patético

Corría el mes de octubre de 1940 cuando una noticia conmovió a la opinión pública de la Isla y del sur de Florida.

Se supo entonces que el cadáver de Milagros Elena Hoyos, una bella habanera de 19 años de edad, muerta en Cayo Hueso, donde residía, a causa de la tuberculosis, había sido robado de su tumba por el médico alemán Karl T. Van Cosel.

Enamorado de manera enfermiza de su joven paciente, a la que no pudo salvar, el anciano intentó revivirla mediante soluciones químicas y ungüentos de su invención.

Descubierto el secuestro, los restos de Milagros Elena volvieron a la soledad y al silencio de su tumba. El doctor Van Cosel fue internado en un manicomio.

Tendedera

No creo que sean muchos los que recuerden en Cuba a Diego González, aquel periodista que en el diario Avance y también en un canal de televisión mantuvo un espacio que se llamó Tendedera, palabra que con el tiempo devino especie de segundo apellido del personaje: Diego González Tendedera o, mejor, Dieguito González Tendedera.

El sujeto llenaba su espacio, ya lo imaginará el lector, con cuanto chisme podía allegar acerca de una persona conocida, por lo general gente de la farándula, de quienes conocía vida y milagros, y sobre los que hacía revelaciones al duro y sin guante sin preocuparse por el daño que podía infligir.

Colocaba el chisme en su tendedera para hacerlo público. La cosa llegó a tal extremo que en el sector se le consideró como la representación más genuina de la chismografía nacional, mientras que Jorge Quintana, decano del Colegio de Periodistas de La Habana, lo perseguía sin tregua, pero también sin éxito, por intrusismo profesional.

Diego González es la indiscreción vestida de cuello duro y corbata, decía el periodista Bernardo Viera Trejo, también de la Redacción de Avance.

Y con Bernardo Viera Trejo se relaciona parte de esta historia. 'Vierita', lo dice sin rodeos el escritor, era la pata del diablo, siempre dispuesto a propinar un porrazo en la oreja de quien tenía ya con la cabeza en el suelo. Un hombre de chispa, con la frase oportuna siempre a flor de labios.

"Vierita, usted es un hombre de mucho ingenio", le dijo un día Julio Lobo, el zar del azúcar, cubano, aunque nacido en Venezuela. A lo que Vierita respondió, rapidísimo: "Pues yo, señor Lobo, doy todo mi ingenio a cambio de uno solo de sus centrales azucareros". Lobo era propietario de 16 fábricas de azúcar.

A lo que iba. Decidió Dieguito tomar unas vacaciones en Miami, un corto descanso que lo mantendría fuera de la Redacción algo más de un fin de semana, y pidió a Vierita que durante su asueto se ocupara de la columna, lo que el otro aceptó encantado.

Ahí vino la cosa. En la primera nota, que seguía apareciendo con el crédito de Dieguito, Viera Trejo la emprendió con Rita Montaner y levantó una calumnia.

Dijo que Ray Tatú, el luchador boliviano casado con la artista, había propinado a La Única una golpiza que había obligado a internarla en una clínica privada, donde, a causa de las lesiones, se le mantenía aislada del resto de los pacientes y registrada con un nombre supuesto.

Al día siguiente la emprendió Vierita contra Carlos D'Man, compañero de Tendedera en la televisión. Otra vez bajo la firma de Dieguito dijo que, más que inculto era prácticamente analfabeto y que no demoraría en sacárselo de encima por lo que deslucía el programa.

D'Man respondió esa misma noche al ataque de Vierita, que atribuyó con razón a Dieguito. Lo tachó de traidor y recalcó que se salía del espacio antes de que lo botaran.

Ray Tatú se tomó la cosa en serio y, en cuanto se lo permitieron sus compromisos, se personó en la Redacción de Avance dispuesto a ajustarle cuentas al ofensor y castigarlo con la golpiza que no le dio a su esposa, de la que Diego González Tendedera se salvó en tablitas al buscar refugio en el café Tupi, situado frente al edificio que ocupaba el periódico de la viuda de Zayas, establecimiento, dicho sea de paso, que le disputaba al café Las Villas la fama de expender el mejor café con leche de La Habana.

Antes de su entrada en Avance, Dieguito trabajó en una sastrería, La Casa Washington. Era ese empleado, que el escribidor recuerda perfectamente, que permanecía todo el tiempo en la puerta de la tienda con el fin de sonsacar al transeúnte para que entrara al local.

Jovial y sonriente proponía al potencial cliente la oferta del día y lo invitaba a pasar prometiéndole calidad óptima y los mejores precios. Si el individuo no mordía el anzuelo, Dieguito le decía sin ambages:

—Mi hermano, lo de menos es que compres. Entra de todas maneras para que el dueño vea que yo hago bien mi trabajo.

Salió de Cuba tras el triunfo de la Revolución. Se radicó en Miami donde, en la calle Flager, abrió una bodega que se llamó Los 14 hermanos, que ese era el número de hijos procreados por sus progenitores.

El sonámbulo de Mazón y San Miguel

Eusebio Hernández Norda era sonámbulo y en ese estado solía escalar los edificios aledaños a su domicilio en la calle Ronda, al costado de la Universidad.

Una noche despertó aterrorizado en lo alto de la torre del canal 4 de la TV cubana, actual Canal Habana, en Mazón y San Miguel, 246 pies sobre el nivel de la acera. Y otra noche no despertó. Cayó al vacío.

Sastrería literaria

En los años iniciales de la década de 1940 vino a Cuba invitado por Batista, que cumplía entonces su mandato constitucional, el escritor alemán Emil Ludwig, célebre por sus incursiones en el género biográfico, con libros sobre Napoleón, Beethoven y Bismark, entre otras figuras.

Se ha dicho que el gesto de Batista al invitarlo obedecía al interés del mandatario de que el alemán escribiese su biografía.

Es posible. Lo cierto es, sin embargo, que Ludwig escribió un libro sobre Cuba —Biografía de una isla—, en el que incluyó una nota biográfica del Presidente. Una obra que pasa sin pena ni gloria, aseguran los que la conocen.

Por aquellos días, Ramón Vasconcelos, la llamada Pluma de Oro del periodismo cubano, insinuó en una crónica que tituló Sastrería literaria, que la del visitante era una pluma tarifada, como si la suya estuviese libre de polvo y paja.

Ripostó Emil Ludwig. Dijo desconocer al Vasconcelos que lo atacaba porque en América, en lo que a Vasconcelos se refería, él solo conocía a dos, el mexicano y el brasileño.

Volvió a la carga entonces el Vasconcelos cubano. Escribió:

"Hay una diferencia entre nosotros. Yo soy ventajosamente conocido en mi país, aunque no en el extranjero, y usted es muy conocido en el extranjero, pero no en su país".

Por su condición de judío, Ludwig, perseguido por Hitler, se había visto obligado a salir de Alemania. Encontró refugio en Suiza, que le otorgó la ciudadanía.

Vasconcelos

Chibás le llamaba «Vascomplata». Cambió varias veces su afiliación política, aunque solía decir que él era el mismo siempre y que lo que cambiaba eran las circunstancias. Combatió a José Miguel Gómez y a Menocal.

El 24 de febrero de 1919, en el curso de una reyerta callejera, en Santiago de Cuba, fulminó de un balazo al joven liberal Alfredo Jústiz, por lo que fue condenado a seis años de presidio.

Zayas lo indultó en 1921. Combatió a Machado con dureza hasta que el dictador le ofreció, en 1927, un puesto diplomático en Europa generosamente remunerado, cargo del que se valió para espiar en París a los estudiantes cubanos opuestos a la dictadura.

A su regreso a Cuba se empeñó en conseguir la legalización del Partido Liberal, inhabilitado por el presidente Grau a la caída de Machado. Fue Ministro de Educación en el primer Gobierno de Batista y se opuso a Grau cuando asumió la presidencia por segunda vez.

Prío trató de incluirlo en el tiquete senatorial del Partido Auténtico, con lo que Grau no estuvo de acuerdo porque "a los traidores se les paga, no se les premia".

Rompió con Prío y militó en la Ortodoxia hasta que Batista, tras el golpe de Estado, lo hizo consejero consultivo y ministro de Comunicaciones.

Pese a su posición, dio cabida en el periódico Alerta, que dirigía, a la entrevista de Benjamín de la Vega en que Fidel Castro expresa su determinación de iniciar la guerra de guerrillas contra la dictadura batistiana: aquella en la que afirma:

"Si salgo, llego; si llego, entro; si entro triunfo", y que Miguel Quevedo no quiso acoger en Bohemia por considerarla un llamado a la rebelión.

Salió de Cuba con el fin del Gobierno de Batista. Autorizado por las autoridades cubanas volvió a la Isla para morir, en 1965, en su casa de la playa de Tarará.

(Tomado del periódico Juventud Rebelde)

<https://www.radiohc.cu/de-interes/caleidoscopio/135090-aristas-habaneras>



Radio Habana Cuba